



Gustavo Adolfo Bécquer

La fe salva

(Apuntes para una novela)

- I -

Encontrándome en el Balneario de Fitero, en busca de un poco de salud para mi cuerpo dolorido y cansado, conocí a una mujer extraña, de una dulce y marchita belleza. Representaba tener unos veintiocho años, aunque el sufrimiento, sin duda, había puesto en su rostro un sello de prematura vejez. Hacía una vida retirada; su única compañía era una señora anciana que fielmente y con aire de servidumbre, la seguía a todas partes.

La extraña belleza de la desconocida; su rostro, donde se reflejaba un oculto dolor; su vida, apartada y silenciosa, me impresionaron tan profundamente que, sin yo quererlo, empezó a forjar mi fantasía una novela, novela absurda y disparatada, de la que Ella era la protagonista, el único y central personaje alrededor del cual giraba el mundo entero.

Con motivo de una visita que en el mismo día hicimos a la ruinosa Abadía (cuyos muros conservan el eco del más extraño y misterioso Miserere (4)), conseguí hablar con la enigmática mujer que tan gran interés había despertado en mi insaciable curiosidad.

Buscando un pretexto para empezar la conversación, me ofrecí a ella en calidad de ciceronne, puesto que conocía perfectamente la vetusta Abadía que íbamos a visitar. Ella, que no sé por quién, sabía mi condición de escritor, aceptó encantada mi ofrecimiento. De esta sencilla manera empezó nuestra romántica amistad.

Empezaba a caer la tarde cuando terminamos de visitar el monasterio. Lo que a mi bella compañera más impresionó fue la historia del misterioso Miserere que en la biblioteca de la Abadía se conserva y con cuyo extraño asunto la prometí escribir una leyenda.

El sol acababa de hundirse en el ocaso, tiñendo el horizonte de una tonalidad violeta. En el cielo, como una lágrima, temblaba el lucero de la tarde.

Durante nuestro paseo pude adivinar que un gran dolor consumía lentamente su vida. Nada me dijo ella; pero en el fondo de sus ojos grises leí como en un libro abierto.

- II -

Desde nuestra visita a la ruinosa Abadía nuestra amistad fue haciéndose cada vez más íntima. Por las tardes yo era su acompañante; la di libros, la leí mis versos, la hice, en fin, la confidente de mi vida y mi consejera en horas de duda y vacilación.

Una tarde, visitando una vez más el viejo monasterio, nuestra conversación fue descubriendo, poco a poco, los íntimos anhelos, las ansias secretas de nuestras almas, y sin darse cuenta, como obedeciendo a una oculta fatalidad, empezó a contarme la historia de su vida; una historia triste, humedecida por las lágrimas, llena de renunciaciones, de sueños rotos, de dolor.

Historia que hoy traslada mi pluma a la blanca virginidad de las cuartillas.

- III -

«En una vieja ciudad castellana en la que las milenarias piedras de sus caserones y de sus iglesias guardan, como beso sagrado, la huella de tantas generaciones, y cuyas rúas solitarias y retorcidas conservan el eco de las voces lejanas, vivíamos, acompañadas de nuestro padre, un bravo soldado héroe de románticas empresas, que supo de conspiraciones, y que muchas veces estuvo a punto de perder la vida por defender la libertad. En aquella ciudad, de la que solamente conservo un vago y brumoso recuerdo: el que en mi alma grabaran la verde tonalidad de la hiedra y la grave voz de las campanas, transcurrieron los años de mi niñez. Mi hermana Blanca, algo mayor que yo, por la que no añoré las dulces y perdidas caricias de nuestra madre muerta, era la única nota de alegría en el viejo caserón que nos sirvió de cuna; su clara voz era una música renovadora en nuestra silenciosa tristeza; su risa, un aire de primavera que pasaba besando los espesos muros de los anchos salones sombríos. ¡Cómo brilla en el fondo de mi alma la misteriosa luz de sus apagadas pupilas verdes! ¡Sus magas pupilas de esmeralda, que al perder su luz sumieron mi vida en una eterna noche!

Catorce años tenía cuando mi padre tuvo que abandonar la muerta ciudad donde recibí el primer beso de luz y nos fuimos a vivir a Madrid. Habitamos un piso segundo en una de las calles más concurridas, por cuyos

balcones entraba el sol pródigamente. Nuestra vida pareció cambiar. Aquella luz que el sol nos regalaba, hizo el milagro de disipar todas las sombras que la vieja ciudad de Castilla infiltró en nuestras almas.

Mi padre, preocupado por los acontecimientos políticos, entró en un período de intensa actividad. Comprometido con sus compañeros de profesión desterrados de la patria, preparaba en las sombras el movimiento revolucionario que pocos meses después estalló en España. Nuestra casa se convirtió en un centro de conspiración. Por allí pasaron literatos, políticos, militares y entre ellos llegó el hombre cuyo nombre es para mí una maldición. ¡El que apagó la intensa luz de sus ojos verdes!»

... ..

Llegaba la noche, la campana de la ruinosa Abadía nos recordaba la hora de la oración. Una plegaria floreció en nuestros labios, nuestras manos, obedeciendo a un impulso desconocido, se estrecharon fuertemente como si sellasen un pacto. Eran ya hermanas nuestras almas, porque las unía el dolor.

Y cuando silenciosos, perdidos en el laberinto de nuestros sueños, regresábamos al pueblo, ¡yo sentí los misteriosos acordes, las extrañas notas, el inmenso gemido del Miserere que una noche recogió en su cuaderno un genial peregrino, y que hoy conservan los monjes en su polvorienta biblioteca!

- IV -

En sucesivos días y aprovechando las excursiones que hacíamos a los pintorescos alrededores del balneario, mi triste y bella confidente fue contándome todos los capítulos de la novela de su vida. Un vago y grato perfume de flores marchitas; el recuerdo que deja en un alma sensible un bello crepúsculo; el eco de una canción lejana que dijo su queja en la tarde y que confusamente llegó a nuestro oído. Algo impreciso, inmaterial, de refinada sutileza, era el íntimo drama, la silente tragedia de mi amiga.

«En la tertulia que todas las noches se formaba en nuestra casa y que era un pequeño centro de conspiración, apareció un día un joven poeta que acababa de llegar de Portugal. Se llamaba Alberto Albert. Sus versos, de un exaltado romanticismo, cantaban la libertad, la lucha; pero los que más llegaron al fondo de mi alma, los que me descubrieron el secreto del llanto fueron aquellos cortos como suspiros, de ritmo extraño, de los que brota a un aroma de amor. Tanto simpatizó con nosotros, tan gran afecto le tomó mi padre que al poco tiempo era uno más en el seno de nuestra familia.

Y empezó a gestarse la tragedia, la gran tragedia de nuestras almas, la que salvó mi vida por un milagro de la fe, la que apagó para siempre la misteriosa luz esmeralda que brillaba en sus ojos.

De la intimidad fue naciendo, poco a poco, el amor. Sin darnos cuenta Blanca y yo, como mariposas que abrasan, inconscientes, sus alas en la llama, nos sentimos atraídas por Alberto, que se presentaba ante nuestro naciente deseo como el príncipe soñado en interminables noches, héroe de aquellas novelas de soldados y trovadores que guardaba la vieja librería

de roble de nuestro padre, y que fueron la única distracción de nuestros interrogantes anhelos, en la vieja ciudad de los grises palacios de piedra, bajo el clamor de las campanas. Poeta rodeado de una romántica leyenda de conspiraciones y de luchas, orlada su cabeza por una negra melena, un infinito tedio reflejado en sus ojos, ¿qué más podía pedir nuestra sedienta juventud?

Nosotras ocultamos nuestra pasión en el fondo de nuestros pechos. Sabíamos que si el amor triunfaba en una, en la otra la desilusión troncharía, agostaría sin piedad. Una primavera en un alma equivalía a un otoño en la otra. Y callamos.

Una tarde Blanca estaba en el balcón, su marfileña mano sostenía un libro: los versos de Alberto, divinas palabras rimadas, diminutas violetas de tenue perfume con que la poesía habla a la vida. Empezaba a morir el día y la sombra, como un denso velo, iba extendiéndose por la habitación. La voz de un piano que llegaba confusamente tenía toda la melancolía de un adiós.

Y Alberto llegó a ella. El libro, rota la cárcel de la mano que lo retenía, rodó por su falda. Toda la pasión contenida tanto tiempo surgió con toda la magnificencia de un canto triunfal. La romántica melena del poeta se confundía con el oscuro y brillante pelo de mi hermana, se buscaron sus manos y dijeron, al unirse, mucho más que las confusas palabras que pronunciaban los labios temblorosos.

Yo, que sin turbar el silencio me deslicé por el cuarto en sombras, lo contemplaba todo desde un escondido rincón. Sentí que, poco a poco, iba apagándose mi vida, el corazón, como pájaro aprisionado, quería romper su jaula, su latido parecía el tic-tac monótono de un reloj que quisiese acelerar la marcha del tiempo.

Ya era de noche, en el balcón únicamente se distinguía la silueta, confundida, de los cuerpos bañados por un rayo de luna. Mi pobre alma no pudo más; la vida se escapaba de mí como una frágil hoja seca arrastrada por una ráfaga de muerte. Todo me abandonaba; y como un ave herida en su vuelo, caí al suelo sin que el más débil grito, ni la más leve queja vibrase en mi garganta.

Cuando desperté me encontré en el lecho, rodeada de todos. Blanca, llenos sus ojos de lágrimas, besaba mi frente. Alberto, aprisionándome una mano fuertemente, parecía pedirme perdón.

La tragedia acababa de extender sus alas sobre nosotros.»

- V -

«Mi inexplicable enfermedad se prolongó días y días, sin que nadie supiese lo que me pasaba. Todos los médicos de algún relieve desfilaron por la cabecera de mi cama, y después de mil ensayos y conjeturas se marchaban, confesando noblemente el fracaso de su ciencia ante mi extraño mal. Y es que los médicos sólo saben de las dolencias materiales; de las que dañan el cuerpo; de las que dejan huella sensible; pero de las del alma, las producidas por el fracaso de una ilusión o por la muerte de un sentimiento, de esas no saben nada, ni siquiera se atreven a creer en ellas. Larra, cuyas obras me enseñaron el dolor, define muy bien estos

estados, acaso porque nadie como él sintió desgarrado su pecho por un inapagable deseo. El amor mata, aunque no mata a todo el mundo. ¡Cuántas cosas me revelaron estas sabias palabras!

Desde la noche en que empezó a marchitarse mi vida, Blanca y Alberto fueron mis compañeros. Nunca se atrevieron a explicar lo que sucedió; ni siquiera cambiaron una mirada estando yo delante.

Yo sabía que el dolor de mi hermana era tan infinito como el mío y supe leer en su cara, en su gesto de melancolía que por mí sacrificaba todas sus ilusiones, sus sueños, sus esperanzas que ya nunca serían realidad. Su pecho sería desde entonces el sepulcro de un amor.

En aquellos días estalló en Madrid la revolución que el mes de julio de 1851 hizo de la ciudad un campo de batalla. Mi padre y Alberto, que esperaban el momento, fueron de los primeros en acudir a la lucha, y días enteros estuvimos sin saber de ellos. Muy de tarde en tarde aparecían para tranquilizarnos, y de nuevo volvían a sus barricadas.»

.....

Cuando mi pobre amiga trajo a mi memoria aquellos días de mi fogosa y romántica juventud, todo mi pasado surgió ante mí, por el mágico poder de la evocación.

¡Última revolución romántica que a través del tiempo adquiere toda la grandeza de una epopeya!

Y entonces fui yo el que conté a mi compañera y confidente todos los acontecimientos de aquel bello pasado que conservo, como una reliquia, en el corazón. Y vertí de este modo un bálsamo de olvido en la llaga de su melancolía.

Yo aún no había llegado a Madrid. Ya empezaba a preparar el viaje, y mis carpetas y cuartillas, como llaves, que me abrirían las puertas de la inmortalidad, esperaban resignadas en el fondo de una vieja maleta de cuero.

Por las tardes, paseando con Narciso Campillo por las pintorescas afueras de nuestra Sevilla, teniendo como único testigo el Guadalquivir, hacíamos proyectos para la lucha que empezaríamos en breve. Madrid se presentaba ante nuestras inquietas fantasías como una bella mujer, cuyo amor fuese solamente posible a los elegidos, que supieron conquistarle con el oro de su inteligencia.

Una fuerza desconocida ponía pintorescas alas en nuestra insaciable juventud. ¡Y qué gran dolor el de las alas rotas antes de emprender el primer vuelo!

Luis García Luna, el primer amigo que en Madrid tuve, amistad que el tiempo acrecentó, fue el que me contara, pues de ellos era testigo, todos los acontecimientos de los que el año 54 tuvieron por escenario a Madrid.

La revolución triunfante hizo de la ciudad un gran campo de batalla. En todas las calles se levantaron con piedras, cajones y enseres domésticos grandes barricadas que defendía el pueblo con inaudito valor. Sedientos de venganza, grupos de hombres armados recorrían las calles entre lluvia de balas que se cruzaban en todas direcciones; los palacios de aquellos hombres públicos a los que el pueblo acusaba de ser causantes de sus males, fueron asolados y en medio del arroyo se formaron grandes pirámides con los muebles y obras de arte que a ellos pertenecieron. Y el fuego los redujo a cenizas.

Una tarde García Luna, vagando curioso por las calles, presenció un espectáculo de profunda y trágica emoción. Sus pasos le llevaron a la Plazuela de los Mostenses, en una de cuyas casas vivía Francisco Chico, jefe entonces de la policía Madrileña y a quien se atribuían, creo que con razón, toda clase de atropellos e injusticias. El populacho rodeaba el edificio en cuyo interior se buscaba, inútilmente, al inquisitorial polizonte. García Luna se sumó a los curiosos que presenciaban el espectáculo de aquella extraña cacería. Un cuarto de hora llevaba allí mi amigo, cuando por el ancho portalón apareció una triste y macabra comitiva: en un colchón que sobre una escalera sostenían media docena de hombres, iba, con el sello de la muerte en el semblante, Francisco Chico; detrás, y con una fuerte cuerda al cuello, marchaba su secretario. Toda clase de maldiciones e insultos salió de aquella masa humana. El pueblo se disponía a hacer justicia una vez más.

Y así continuó el trágico cortejo hasta la Plazuela de la Cebada, donde Chico y su criado fueron, sin piedad, fusilados.

Todos los episodios de aquella romántica revolución vivieron aquella tarde en mis labios nuevamente, como un bello cuento; como un romance legendario de los que pasan de generación en generación dejando en las almas una brillante estela de inquietud.

.....

La noche tendió, una vez más, sus alas sombrías sobre nosotros. Volvíamos al pueblo por el estrecho camino, que parecía bajo la luna una estrecha cinta de plata.

Formando una compacta masa marfileña, un rebaño de ovejas volvía al redil, rompiendo el silencio con la tenue música de las esquilas. Poco a poco, en el cielo se iban encendiendo las estrellas, de clara luz unas, como fantásticos diamantes; otras, débiles, apagadas...

La silueta de la vieja Abadía se recortaba en el horizonte como un encantado palacio de leyenda.

- VI -

Durante unos días en que nos vimos obligados a permanecer en los nada cómodos cuartos de la fonda, a causa del temporal, que convirtió el balneario y sus cercanías en tina sucia y cenagosa laguna, Ella siguió contándome los episodios de su vida, con los que se podía construir la más extraña e interesante novela.

Y Ella habla...

.....

«Dos días llevábamos de incertidumbre e intranquilidad, cuando una nueva desgracia vino a complicar de nuevo el curso de nuestras vidas: Alberto fue herido gravemente en la barricada de la calle Mayor, que fue su baluarte desde los comienzos de la revolución. Una noche, ocultándose a toda mirada curiosa, fue traído a nuestra casa, en brazos de nuestro padre y de dos de sus mejores amigos. En una de las habitaciones más retiradas se le improvisó un cómodo y limpio lecho, y allí murió en las primeras horas de la mañana del siguiente día. El nombre de mi hermana fue la última palabra que pronunciaron sus labios.

Y así acabó aquel héroe de leyenda que supo arrastrar nuestras vidas con el impulso de su romanticismo.

Mi inexplicable enfermedad, si es que enfermedad podía llamarse a la ráfaga de melancolía que por mi alma pasaba, se agravó de un modo alarmante. Los médicos ya desconfiaban de su ciencia y veían, impotentes para todo, cómo se iba extinguiendo mi vida lentamente.

Yo sentía a la muerte que, con sus frías y descarnadas manos acariciaba mi frente y apretaba, implacable, mi corazón.

Y cuando, perdida ya toda esperanza, la eterna noche tendía sobre mí sus alas de sombra, un milagro, un raro milagro, obra de la gigantesca fe de mi hermana, me volvió nuevamente a la vida, a la luz...

Blanca, arrodillada ante mi lecho, después de rogar, inútilmente, un poco de clemencia y piedad para mí, ofreció a una antigua imagen que aún existe en una vieja iglesia madrileña, a cambio de mi salud y de mi vida, la luz que brillaba en el fondo de sus pupilas.

Y el milagro se obró. Poco a poco, una corriente de sangre nueva fue tiñendo de suave carmín mi amarillento rostro y mis exangües labios; mis enfermos pulmones volvieron a respirar nuevamente, libres de aquella garra implacable que los oprimía; dejó mi corazón de ser aquel reloj loco que parecía querer traspasar los límites del tiempo. En las tinieblas de mi alma había penetrado un rayo de sol. Pero conforme el milagro de mi resurrección iba operándose, la Providencia, inflexible, exigía a mi hermana el cumplimiento de su promesa; sus maravillosos ojos verdes iban lentamente perdiendo su luz.

Un día la deuda fatal quedó cancelada definitivamente: Blanca quedó ciega, quedaron sin vida, para siempre paradas, sus encantadoras pupilas, como quedan los ojos de los muertos que no tienen una mano amiga que cierre sus párpados.

Si algún día entra usted en la iglesia de... podrá ver, entre los ex-votos de la virgen que tiene su altar en la más oculta capilla, los ojos de mi hermana como dos trágicas joyas fantásticas. Nadie hasta ahora consiguió ver el extraño ex-voto y tomaron mi visión como desvarío de mi débil cerebro, prueba acaso de una incipiente locura; pero yo sé que usted sabrá ver lo que se ocultó a las miradas profanas de las gentes vulgares. Si algún día su curiosidad de poeta, buscadora infatigable de emociones nuevas, le lleva a la oculta capilla de la vieja iglesia madrileña, y su alma sabe ver el milagro, acuérdesse de mí.»

Estas fueron las confidencias de mi pobre hermana espiritual, frágil sensitiva de un fantástico jardín. Sus palabras, una a una, quedaron grabadas en mi corazón. ¡Aún creo escuchar su voz fina y apagada, cuando a la luz de un bello crepúsculo iba descubriéndome la clave de su incurable tristeza!

Dos días después la vida destruyó nuestra hermandad. En Madrid me esperaban mis amigos, los periódicos que de pedazos de mi alma nutrían sus columnas, la agobiante lucha diaria en la que no puede haber un momento de descanso ni vacilación. Y guardando en la vieja maleta cartapacios, libros y papeles, a Madrid volví, llevando en mi alma un poco de melancolía y en mis cabellos algún nuevo hilillo de plata.

Fue muy triste la despedida. En mis labios floreció una promesa; una lágrima rodó por los surcos que en mi cara había labrado el dolor. La

crujiente e incómoda diligencia me esperaba, y los collerones de las mulas rompieron el silencio de la tarde con su argentino tintineo.

Durante un largo rato dos pañuelos se saludaban en la lejanía, como prisioneras palomas blancas...

- VII -

Cerca de tres meses hacía que estaba de nuevo en Madrid, entregado en cuerpo y alma a la lucha diaria y agotadora. El teatro Real, mi tertulia del Suizo, la tribuna del Congreso, la redacción. De uno a otro lado marchaba sin cesar, como arrastrado por una desconocida fuerza. Mi cerebro, sacudido por nuevas impresiones, fue olvidando, poco a poco, el romántico idilio, las confidencias de la pobre alma enferma. De todo conservaba únicamente esa secreta armonía, el vago eco que deja en nosotros una bella música que sonó un día en nuestro camino y que nunca volveremos a escuchar. En mi álbum de dibujo, uno de mis más fieles amigos, quedaron también eternizados muchos momentos de mi pasada aventura. Pensé escribir una novela, libro extraño, nueva danza macabra en la que bailaban, en trágico abrazo, el amor y la muerte. Sería mi obra una absurda mezcla de noche y silencio; como aquel Miserere que en la ruinosa Abadía de Fitero se conserva.

Y la novela se quedó sin hacer. Hoy, que una inexplicable melancolía acaricia mi alma, trazo estos ligeros apuntes con los que haré algún día un cuadro más acabado. Acariciar el recuerdo es lo único que hoy puedo hacer: soñar, como el estudioso Fausto soñaba con el beso de Margarita.

- VIII -

Vagando una tarde por las estrechas calles del Madrid viejo, viajero sin rumbo definido, perdido en el laberinto de mi fantasía, que de tantos fantasmas y evocaciones llenaba las solitarias rúas. De cada encrucijada, de cada portalón surgía una sombra evocadora; de cada balcón de los señoriales palacios muertos, parecía salir la música de un clave acariciado por una blanca mano de mujer. ¡Palacios viejos! ¡Aún conserváis la luz de las grandes arañas que un día alumbraron vuestros anchos salones, en versallescas fiestas galantes; frágiles marquesitas, tocadas sus cabezas con empolvadas pelucas de nieve, trenzaron ligeros minuetos, y valeses pausados, sobre los mullidos tapices de Oriente que cubrían vuestros suelos! ¡Aún conserváis el eco de los clavicordios, de las palabras de amor de que fuisteis testigos! La vida, toda la vida, con sus alegrías y sus miserias, sus inagotables placeres y sus dolores infinitos vibró un día en vosotros. Hoy solamente sois el gris fantasma de vuestra perdida grandeza, el recuerdo de un pasado muerto, una reliquia...

Empezaba a ponerse el sol y decidí terminar mi paseo, volver nuevamente a la realidad, dejar otra vez aquel mundo de evocaciones y de sombras en el que tanto me agradaba perderme. La vida me llamaba con voz fuerte e imperativa. Caminaba despacio, envuelto en mi ancha capa, cuando pasé por una iglesia cuya plañidera campana decía su canto en tarde. Como

una voz desconocida que sonase en mi oído, recordé que aquella era la iglesia que guardaba, en una de sus capillas, la virgen que dio vida a mi amiga, y que conservaba entre sus exvotos unos verdes ojos de mujer. Entré; una docena escasa de fieles musitaban sus oraciones en el silencio. La función religiosa acababa de terminar hacía un momento, y uno de los servidores del culto apagaba lentamente las luces. Casi en tinieblas iba quedando el templo. Mi curiosidad me hizo buscar la pequeña capilla en que la imagen se venera, y recordando los datos que confusamente guardaba en la memoria, la encontré al instante. Lleno de un vago temor, mezcla de fe y miedo, entré en ella.

¡Y vi el milagro! En el rostro de la virgen, un rostro de dolor, obra de algún visionario artífice, en aquella cara ennegrecida por el beso de los años, brillaban unos alucinantes ojos de esmeralda. Una trágica luz fosforescente salía de ellos.

Caí de rodillas al pie del viejo altar mientras mis labios decían una oración; oración extraña, de palabras confusas, voz de mi fe y canto pagano a la pobre mujercita que apagó la luz de sus pupilas para que de su eterna noche surgiera una vida.

¿Cuánto tiempo estuve allí? No lo sé. De mi éxtasis vino a sacarme el sacristán agitando un manajo de grandes llaves, y los fieles, que al pasar por mi lado me miraban como a una cosa rara, dudando si aquel hombre que estaba ante el altar era un santo o un loco, inclinándose más a esta segunda idea.

¿Qué sabían ellos, pobres humanos, de las grandes batallas del alma?

FIN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo